1. Ser santo es reflejar el rostro de Dios

Cara que mola: Cuando dejas el móvil y escuchas de verdad al que te está hablando. Cuando metes la pata en el curro y das la cara, aunque te la juegues. Cuando pides perdón tú primero, sin esperar a que lo haga el otro. Cuando echas una mano en casa sin que nadie te lo pida. Cuando mamá te llama para cenar y vas a la primera. Cuando le dejas tus cromos o tu balón al pequeño, aunque te fastidie. Cuando te sientas con el que siempre come solo en el recreo. Cuando en el grupo de WhatsApp de clase defiendes al que están poniendo verde. Cuando dices que no al vapeo o a esa movida que sabes que no está bien, aunque te llamen pringado. Cuando paras cinco minutos en mitad del lío para rezar. **Gestos de la cara que mola**: Una cara sonriente, luminosa, serena, acogedora, amable, alegre, atenta, agradecida, confiada.

Cara que no mola: Cuando sueltas una trola para salir del paso. Cuando echas balones fuera y la culpa es de tu mujer, de tu marido o del compañero. Cuando le echas la culpa a tu hermano de lo que has roto tú. Cuando contestas fatal a tus padres o dejas en visto (WhatsApp) al que te necesita. Cuando reenvías ese meme que deja a alguien a la altura del betún. Cuando te copias en el examen o haces trampas en las cuentas. Cuando te pasas la tarde enganchado a la pantalla y ni saludas en casa. Cuando pegas un portazo. Cuando solo piensas en lo tuyo y en tus planes. **Gestos de la cara que no mola**: Una cara enfurruñada, de morros, rebotada, borde, chula, altiva, mosqueada, ausente (la del que está a lo suyo con el móvil), egoísta …

¿Qué cara tienes hoy?

Un santo no es alguien perfecto, ojo: **es alguien en quien se ve muy bien la cara de Jesús.** Los santos del cielo también tuvieron que obedecer cuando no les apetecía nada y perdonar cuando no les salía ni a la de tres.

Ser santo es reflejar a Dios. Nuestra cara se vuelve más bella cuando decimos la verdad, cuando obedecemos, cuando servimos y si no, *mira la cara de tu madre, padre, hermano, amigo, profesor, esposo, esposa etc. cuando obedeces a la primera, sacas buenas notas, te portas bien, tienes paciencia.* **Nuestra cara también se vuelve más bella, cuando dejamos que Dios nos limpie** el corazón una y otra vez: en la confesión, en la oración, en los sacramentos, en la caridad.

Las bienaventuranzas son como el retrato robot de un santo:

- Bienaventurados los pobres en el espíritu: la cara **del que no va agarrado a nada y lo comparte.**
- Bienaventurados los que lloran: la cara **del que quiere tanto que le duele lo que sufren los demás.** ¿A ti te duele lo que le pasa a tu hermano, o te da un poco igual?
- Bienaventurados los mansos: la cara **del que no grita, no humilla y no se la guarda a nadie.**
- Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: la cara **del que hace lo que tiene que hacer y dice la verdad, aunque le cueste.**
- Bienaventurados los misericordiosos: la cara **del que perdona.**
- Bienaventurados los limpios de corazón: la cara **del que no engaña ni lleva una doble vida.**
- Bienaventurados los que trabajan por la paz: la cara **del que une y no anda metiendo cizaña.**
- Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia: la cara **del que da la cara y no se esconde.**

2. El cielo es estar con Dios

Cuando pensamos en el cielo, nos imaginamos nubes, angelitos, un sitio muy chulo, pero **el cielo es estar con Dios.**

Pensad en alguien a quien queréis mucho y que lleva tiempo fuera. Cuando por fin vuelve, ¿os fijáis en el coche en el que llega o en la maleta que trae? ¡Qué va! Lo que cuenta es el abrazo. Pues así es el cielo. Será precioso, claro, pero lo mejor no va a ser el sitio, ni siquiera que se acabe el sufrimiento.

Lo mejor del cielo va a ser abrazar por fin a Dios y quedarnos para siempre con el que más nos quiere. **El cielo es Dios mismo.** Por eso los santos no vivían pendientes de llegar a un sitio. Querían **estar con Dios** ya, aquí, aunque les costara sangre, sudor y lágrimas porque…

3. Llegar al cielo cuesta

Estamos hechos para Dios. Pero el pecado original nos ha dejado una tendencia a encerrarnos en nosotros mismos, a ponernos en el centro, a ir a lo nuestro. Y eso lo notamos todos los días: **nos cuesta obedecer, compartir, decir la verdad, rezar, perdonar, pensar primero en los demás.** Dentro de cada uno hay una pelea. Los santos tampoco lo tuvieron fácil. **Lucharon**, y muchas veces tuvieron que decirse: "No me apetece nada, pero voy a hacer el bien".

Eso es la cruz: ese "me cuesta". Cada vez que hacer el bien te cuesta, ahí está tu cruz. A un niño le cuesta soltar la tablet cuando le dicen que se acabó, recoger los juguetes sin rechistar, prestar su juguete favorito, comerse la verdura sin montar un drama o pedirle perdón a su hermano después de una pelea. A un joven le cuesta levantarse el domingo para venir a misa, decir delante de sus amigos que es creyente, no reírse cuando el grupo se mete con alguien, soltar el móvil por la noche, ponerse a estudiar cuando no le apetece nada, no beber para encajar, no compararse todo el rato con lo que ve en Instagram o en TikTok, perdonar al amigo que le ha fallado o ir a confesarse. Y en casa, hacer caso a sus padres sin poner morros, contarles lo que le pasa en vez de encerrarse en su cuarto, comer en familia sin el móvil, tener paciencia con sus hermanos o ir a ver a los abuelos. Y a los mayores también nos cuesta, y mucho: llegar reventados del trabajo y tener paciencia con los niños, pedir perdón en casa cuando estamos convencidos de que tenemos razón, sacar tiempo para ir a ver a nuestros padres mayores, mordernos la lengua en vez de hablar mal del jefe o de otra persona, no hacer la trampilla en Hacienda, cumplir lo que hemos prometido aunque nos venga fatal o soltar el móvil al llegar a casa para escuchar de verdad a los nuestros. **Eso es cargar con la cruz de cada día. Pero si la cargamos con Cristo nos volvemos bellos, tenemos una cara que mola por dentro y por fuera.**

Esa cruz no se lleva solo: la llevamos con Cristo. **No es un castigo: es el camino por el que Dios nos cura, nos hace bellos, con caras que molan, nos hace santos y nos devuelve a casa.** Cuesta, sí. Pero cuando lo hacemos se nos pone una cara que mola, y se le contagia al que tenemos delante. Unidos a Cristo, que venció al pecado y a la muerte en la cruz, nuestra cruz se convierte en camino de vida, y ya aquí empezamos a saborear el cielo: estar con Él. Y eso, aunque cueste, se nota en la cara. **¿Qué cara quieres tener? ¿Qué cara quieres enseñar y transmitir al que tienes a tu lado?**